

Jesús Galindo y Villa

“Lo previsible y lo imprevisible en el acontecer histórico”

p. 487-494

Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia

Juan A. Ortega y Medina (selección, introducción, estudio y notas)

Álvaro Matute Aguirre (prólogo a la tercera edición)

Eugenia W. Meyer (notas bibliográficas y apéndice biobibliográfico)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

542 p.

(Serie Documental, 8)

ISBN 968-36-9071-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de marzo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/polemicas/ensayos_mexicanos.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

**LO PREVISIBLE Y LO IMPREVISIBLE
EN EL ACONTECER HISTÓRICO**

JESÚS GALINDO Y VILLA

JESÚS GALINDO Y VILLA (1867-1937)

Nació en la ciudad de México. Desde muy joven se dedicó al periodismo y al estudio de la Historia. En 1892 fue a España como miembro de la Junta Colombina de México. Fue catedrático de Historia, metodología y crítica histórica; lo fue asimismo de geografía, bibliografía, clasificación bibliográfica y de otras materias en diversas escuelas como la preparatoria y la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue director de la Academia de Bellas Artes y además un fecundo escritor. Entre sus obras se cuentan: *Historia sumaria de la ciudad de México* (1925), *El panteón de San Fernando y el futuro panteón nacional* (1908) y *Polvo de Historia* (1892), etcétera. Murió en la ciudad de México.

LO PREVISIBLE Y LO IMPREVISIBLE EN EL ACONTECER HISTÓRICO

Este pequeño ensayo sobre la obra e ideas de Xenopol fue escrito por su autor para ser leído el 4 de febrero de 1936 en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. De acuerdo con los datos que hemos logrado recabar, solamente una vez más fue transcrito; esto sucedió en el suplemento *México en la Cultura*, del periódico *Novedades*, el día 12 de agosto de 1962 (número 700).

1. TEXTO

LO PREVISIBLE Y LO IMPREVISIBLE EN EL ACONTECER HISTÓRICO

Desde 1899 el historiador Xenopol, nacido en Rumania, nación de lengua grecolatina, consagró sus vigilias a la publicación, en francés, de sus *Principios fundamentales de Historia*; siguiendo con extremo cuidado los numerosos trabajos aparecidos en Alemania y en Francia, referentes a la filosofía de la Historia y al método histórico, y al propio tiempo los trabajos relativos a las ciencias físicas y naturales.

Sometió después su obra a una refundición completa, dándola a la estampa bajo el título de *Teoría de la Historia*, que corresponde perfectamente a su contenido.

Nos parece ser hoy —ha escrito el eminente historiador don Gabriel Monod, miembro del Instituto de Francia— la obra más completa y más clara que existe acerca de la materia. Creemos que el autor (Xenopol) ha fijado muy sólidamente las ideas que son fundamentales a sus ojos: la Historia es uno de los dos puntos, desde los cuales pueden considerarse los fenómenos de la naturaleza, que cabe estudiar en su repetición y coexistencia, o bien en su sucesión.

Por su parte, el mismo Xenopol declara, al momento honrada y sencillamente, que sus estudios históricos tratan de inspirarse en las dos grandes fuentes del pensamiento humano, contemporáneas, relativas a la teoría de la Historia; los autores franceses y los autores alemanes, a pesar del exclusivismo nacional, que “lleva a los alemanes a considerar lo menos posible el pensamiento francés, y a los franceses el alemán”. Los pensadores de ambos grandes pueblos “son los que más han contribuido —son palabras de Xenopol— a formar la ciencia de la Historia” (edición española de 1911).

Mas, en resumen, evidentemente a los trabajos del autor se debe la demostración condensada de que la Historia es una ciencia en toda la concepción del término; poseyendo los elementos generales de un sistema de verdades clasificables.

No pueden, en concepto del autor, formularse manifestaciones dinámicas que concurren a su formación; pero nunca leyes de manifes-



tación de los fenómenos mismos, como en las ciencias, de los hechos de repetición; prever y predecir lo que está oculto en el seno del porvenir; las leyes abstractas de la sucesión no dan origen más que a series de fenómenos o sucesos, siempre únicos y característicos.

Y “para determinar esas grandes verdades —concluye Xenopol— ha sido preciso basarlas en otras, de suerte que el trabajo del historiador rumano”,* contiene todo un sistema de principios relativos a la ciencia de la Historia; y así establece la teoría de este conocimiento humano; en su sentir no es sino uno de los dos modos de concepción del mundo: el modo de sucesión, frente al de repetición.

Xenopol mismo dice en la puerta de entrada de su obra que, sin tratar de hacer una filosofía de la Historia, sólo estudia y determina los fundamentos en que descansa el conocimiento del pasado, demostrando, como lo asentó ya, el carácter científico de ese conocimiento; y acudir a la defensa de la Historia, de los ataques de que es objeto por todos lados; ha tratado, en suma, de formar la *Teoría de la Historia*.

En efecto —asiente—, en la exposición del pasado humano hay que distinguir la práctica de la teoría, distinción que tiene también lugar en la esfera de las artes; por ejemplo en la arquitectura y en la música; y en la económica, respecto a la agricultura. Esas ramas de la actividad humana presentan un lado práctico en el que dan origen a sus productos, y un lado teórico que comprende los principios en que se basan. Lo mismo ocurre en la Historia.

La práctica de esta disciplina consiste en la exposición del pasado, tal resulta de los hechos observados; la teoría examina los fundamentos de ese conocimiento. Los historiadores que han expuesto el pasado de los pueblos han hecho historia prácticamente, aplicando de una manera inconsciente los principios en que se apoyan sus investigaciones. Han hecho lo mismo que los labradores, cultivando la tierra por espacio de siglos, guiándose por la experiencia, sin darse cuenta de las verdades científicas en que descansa la explotación del suelo.

No son diferentes de los arquitectos, que también han levantado durante siglos, edificios en perfecta consonancia con las leyes del equilibrio, sin que conocieran éstas teóricamente; ni los músicos que aplicaron, a su vez, las reglas de la armonía mucho antes de que fueran determinados los principios científicos de este arte sublime.

Pero esta situación empírica, con vistas a la historia, ha llevado a plantear su método, formulando su fin y sus principios; y ¡cosa singular!, no por los historiadores, sino principalmente por los filósofos y

* Se refiere a la edición ya citada de Madrid, traducida por Domingo Vaca.

los naturalistas. “Así nació la idea absolutamente falsa —escribe Xenopol— de aplicar a la Historia los principios de investigación utilizados por las ciencias naturales.”

Exacta es, ciertamente, la afirmación de Xenopol; aun cuando no debemos olvidar que, además de ser la Historia ciencia antropológica (tiene por centro al hombre), ciencia moral y ciencia social, es ciencia inductiva; comparando algunos autores los métodos de que se vale para descubrir la verdad, son similares a los de la geología. Esta misma ciencia, con la paleontología y la arqueología, son la base de las investigaciones de los estudios prehistóricos. El examen de los terrenos de un yacimiento son del dominio legítimo y directo del geólogo; el de los fósiles del paleontólogo y del antropólogo; y el de los restos materiales encontrados en el yacimiento, del arqueólogo.

Así se han podido seguir las series prehistóricas a través de las capas geológicas, hasta la aparición del hombre, en el cuaternario; y clasificar las edades del paleolítico y neolítico; y aun de los metales (cobre, bronce, hierro), anteriores al periodo histórico. No ignoramos, por otra parte, que la historia propiamente dicha, y para cada pueblo, arranca desde el momento en que se cuenta con documentos escritos.

Xenopol insiste, justificadamente a través de su vasta monografía, en la distinción precisa entre los hechos de repetición y los hechos de sucesión.

Se colocan en la categoría de los primeros aquellos que invariablemente se reproducen, en cuanto al tiempo, como la rotación de la tierra, el flujo y reflujo de las aguas del mar (fenómenos del dominio de la materia); la producción, la distribución y el consumo de la riqueza (hechos del orden económico). Actos psicológicos y lógicos del pensamiento (hechos del espíritu). Hay otros hechos universales que se reproducen en cuanto al espacio, porque se repiten de la misma manera y siempre también del mismo modo, por lo que hace al tiempo. Un mismo hecho puede llegar a ser de repetición o de sucesión.

De la observación constante de todos los hechos que la naturaleza nos proporciona, se han formulado las leyes científicas que los rigen; entendiéndose por ley, en este orden de ideas, “la condensación de todos los fenómenos de igual naturaleza en un fenómeno tipo; la ley es, por tanto, el fenómeno generalizado, expresa la cualidad de este fenómeno, de repetirse indefinidamente, y de sustraerse a la acción modificadora del tiempo.

En los gabinetes de física o en los laboratorios de química, podemos comprobar cuantas veces queramos, por medio de los aparatos e instrumentos que están a nuestro alcance, ora la ley del isocronismo de las oscilaciones del péndulo; las de la reflexión de la luz en un



espejo plano y las de la refracción a través de un prisma; o bien, la conocidísima ley de Proust: que todos los cuerpos para formar un compuesto se combinan siempre en proporciones definidas.

La sucesión tiene otro carácter, constituyendo la serie de hechos aplicables a la Historia, la serie histórica es siempre única y particular con relación al tiempo en que se realiza y al que va encadenada de manera insoluble.

Ahora bien, ¿pueden formularse, de todos modos, leyes históricas distintas a las leyes de las ciencias naturales y a las de observación y experimentación, como acaba de exponerse?

Xenopol nos indica que los hechos históricos se encadenan y se suceden y aun se repiten en series, que, ciertamente, nunca se reproducen de una manera igual.

Pero si un conjunto de circunstancias análogas a las que prevalecían en cierta época en un país o en diversos países a un tiempo aparecen con caracteres y en condiciones semejantes en tiempos posteriores y observamos fenómenos sociales análogos también, estamos autorizados para inferir que las consecuencias son igualmente análogas; y, de consiguiente, se puede llegar a formular y establecer una ley histórica; las mismas causas producen los mismos efectos; y es corriente aun en el vulgo la expresión intuitiva “la historia se repite”.

La “Teoría de la Historia” se desarrolla en el capítulo XIII de la obra del historiador rumano; aunque, en mi humilde concepto, no lo hace siguiendo un orden estrictamente lógico; pues hay ciertas materias cuya esencia las separa y diluye para volverlas a tratar en páginas distantes.

Abre su tesis, en el primero de los capítulos, con el tema de la repetición y sucesión universales; aborda luego el de la doble forma de la causalidad; expone en seguida el carácter científico de la Historia; las opiniones erróneas acerca del objeto de la Historia; los factores constantes de la Historia (la raza, el carácter nacional, la continuidad intelectual, el influjo combinado de la raza y del medio); la evolución de la historia y los auxiliares de la evolución; lo inconsciente de la historia; las leyes de la evolución; el material de la historia (el hecho histórico; las formas generales de la vida del espíritu; la producción de los hechos históricos; la generalidad y la contingencia); las series históricas; la concepción de la Historia; la exposición del pasado y finalmente el método en la Historia (fuentes de la Historia); monumentos y documentos, y determinación de los hechos por sus causas por inferencia.

Para cerrar esta parte primera de mis notas, voy a detenerme unos cuantos minutos más en una cuestión que toca Xenopol en su duodé-

cimo capítulo referente a la concepción de la Historia; y por cierto que lo hace doctoralmente y con toda claridad: es la cuestión del llamado “materialismo histórico”, que al cabo de noventa años de puesta sobre el tapete, 1847, hoy está en boga, o más bien dicho, de moda, en este país nuestro: donde tanta falta nos hace la amplia cultura y el buen sentido sobre todo.

Resumiré el capítulo de Xenopol, tomando únicamente lo esencial.

Los socialistas, a contar de Carlos Marx, y con ellos algunos autores a quienes han convencido en este punto, tienden a subordinar la evolución entera del espíritu humano a la de los medios de existencia, de consiguiente a las condiciones económicas de vida. Aun cuando no se trata de una teoría materialista propiamente dicha, esta concepción de la historia económica ha tomado el nombre de materialismo histórico.

“Es interesante observar —dice Xenopol— cómo nació esta doctrina.” Gabriola (*Essai sur la conception matérialiste de l’Histoire*) se encarga de decírnoslo:

Para reconocer esos movimientos (socialistas), no ya la oposición fugitiva, de las perturbaciones meteóricas sino el hecho nuevo de la sociedad, se necesitaba una teoría que los explicase. Esa nueva teoría (la del materialismo histórico) fue obra personal de Marx y de su discípulo Federico Engels; transformaron el concepto del devenir histórico, por vía de antítesis, de la forma abstracta, que la dialéctica de Hegel había descrito en sus rasgos más generales, a la explicación concreta de la lucha de clases y, en el movimiento histórico en que se había creído ver el paso de una forma de ideas a otras, vieron por primera vez la transición de una a otra forma de la anatomía social.

A esto añade Xenopol:

En términos más explícitos los socialistas queriendo demostrar que su movimiento era necesario, lo caracterizaron como un proceso histórico, como un devenir fatal e ineludible. Pero para dar más fuerza a su concepción histórica relativa a la transformación social que tuvo lugar en nuestros días, trataron de probar que la evolución entera de la humanidad no ha sido determinada sino por las mismas causas que hoy día la transforman; que el cambio en el modo de producirse y de repartirse las riquezas siempre ha constituido el nervio y la clave de la historia. Los socialistas inventaron, por tanto, la teoría materialista de la Historia para servir las necesidades de su causa.

Es decir, que se desconocen todos los hechos de la historia, en los cuales para nada interviene el elemento económico; ni los actos ideales



de la humanidad, cuando ésta ha luchado por ellos (las guerras de religión, la de independencia, etcétera).

Creemos (concluye Xenopol), después de jugosas y sólidas consideraciones, que esta teoría del materialismo histórico, que quiere reducir la vida humana toda a la economía, es absolutamente errónea. El hombre se ve naturalmente impulsado a satisfacer varias necesidades completamente independientes unas de las otras, aun cuando en relaciones mutuas, y por consiguiente que mutuamente influyen. La de conservación individual (económica); la de conservación de la especie (procreación); la del concepto de la verdad (o tendencia científica); la de penetrar en el misterio del universo (tendencia metafísica); la de admirar las bellezas (estéticas); la de repartir las conquistas logradas sobre la naturaleza conforme a otro principio que el del más fuerte (moral, justicia), todos estos institutos fundamentales de nuestro ser, no se derivan unos de otros: “No es pues la necesidad económica la causa productora de las manifestaciones de la vida intelectual, sino que se deben a la constitución íntima e irreductible del ser humano.”

“La cuestión social no es en modo alguno —opina el autor— una cuestión económica, sino el problema más difícil que por idea de justicia está llamado a resolver.”

Y aquí termino con Xenopol.

Él ha expuesto su *Teoría de la Historia*, marcando los trazos generales que constituyen teóricamente esta disciplina.

Falta, empero, el conocimiento de la técnica para presentar a la Historia, en prístina pureza; la técnica que nos enseña a entrar en el análisis profundo de las fuentes históricas; a dominar la crítica de ésta para obrarnos a torcer o a falsear los hechos y a caer en el error; en la metodología que debe guiarnos como el hilo de Ariadna, en el intrincado laberinto de documentos, monumentos, ciencias auxiliares; y posee el recto criterio que debe fundamentalmente presidir nuestro trabajo para por último proceder a la construcción histórica.